

D. ASCENSIÓN. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 28,16-20.

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

Al verlo ellos se postraron, pero algunos vacilaban.

Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

-Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.

Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

LA FUERZA DE SU PRESENCIA

Hoy se celebra la solemnidad de la Ascensión del Señor. El pasaje del Evangelio nos muestra a los apóstoles que se reúnen en Galilea, en el «**monte que Jesús les había indicado**». Allí tiene lugar el último encuentro del Señor Resucitado con los suyos, en el monte. El «**monte**» tiene una fuerte carga simbólica. En un monte Jesús proclamó las «**Bienaventuranzas**», en el monte «**se retiraba a orar**», en el monte «**acogía a las multitudes y curaba los enfermos**».

Pero en esta ocasión, en este monte, ya no es el Maestro quien actúa, enseña y cura, sino «**el Resucitado que encomienda a sus discípulos el mandato de continuar su obra**». Les dice: «**Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado**».

«**¡Id!**» es un acto de total confianza en los suyos. ¡Jesús se fía de nosotros! Nos envía, a pesar de nuestras debilidades y limitaciones. Sabe que no seremos nunca perfectos pero que, si esperamos a convertirnos en mejores personas para evangelizar, no empezaremos nunca.

Para anunciar a Jesús es necesario ir «**salir de uno mismo**». Está «**prohibido acomodarse en las seguridades adquiridas**». La seguridad para Jesús está en el «**ir con confianza**». Ahí se revela su fuerza. Jesús nos quiere, dice el Papa Francisco, «**en salida**», libres de la tentación de conformarnos con nuestro bienestar y con tenerlo todo bajo control.

El contenido de nuestra misión, dicho más llanamente, es el de proclamar, bautizar, enseñar y «**recorrer el camino trazado por Jesús**», es decir, «**vivir su Evangelio**». Esto implica, en primer lugar, el deber de «**dar testimonio**» para dar razón de nuestra fe. Sin testimonio no se puede anunciar a Jesús.

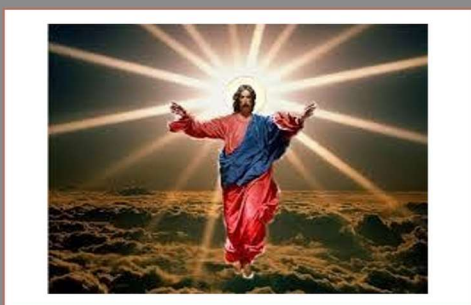
Pero Jesús, ante una tarea tan importante, consciente de nuestra debilidad, antes de ascender al Cielo, nos dice: «**Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo**». Jesús nos ofrece «**su presencia constante y consoladora entre nosotros**».

Pero ¿cómo se realiza esta presencia? «**A través de su Espíritu**», ese Espíritu, enviado por Cristo y el Padre, que santifica a todos aquellos que, reconociéndose humildes y necesitados, se abren con confianza a este don de «**vivir en su presencia**».

Con esta promesa de permanecer con nosotros hasta el fin de los tiempos, Jesús «**inaugura un nuevo estilo**» para su presencia en el mundo, «**el estilo del Resucitado**». Jesús sigue presente en el mundo pero de otra manera. Es una presencia que se revela «**en la Palabra**», «**en los Sacramentos**» y «**en la acción constante e interior del Espíritu Santo**».

Y la «**oración**» es el espacio privilegiado para esta presencia. En cada oración, en cada petición nuestra, Jesús interviene para «**interceder**» ante el Padre y así obtener misericordia para nosotros.

Vivimos el día a día a toda prisa y corremos el riesgo de llegar a la noche cansados y olvidarnos de rezar. Para no dejarnos sumergir por este «dolor de vivir», es importante que recordemos cada día «lanzar el ancla a Dios», llevarle a Él las cargas, las personas y las situaciones de cada día, «confiarle todo». Es la oración, que «une cielo y tierra y que permite a Dios entrar en nuestro tiempo».



La oración cristiana no es una forma para estar un poco más en paz con uno mismo o encontrar alguna armonía interior. Rezamos para llevar todo a Dios, para encomendarle el mundo. La oración es «intercesión», no es tranquilidad, es «caridad». Es pedir, buscar, llamar, es involucrarse para interceder, «insistiendo ante Dios los unos por los otros».

Interceder sin cansarse porque «la oración es la fuerza que hace ir adelante al mundo». Es nuestra misión, una misión que, no sin cansancio, nos «da paz». Este es nuestro poder, no gritar más fuerte según la lógica de este mundo, sino «ejercitar la fuerza mansa de la oración», con la cual se pueden también parar las guerras y obtener la paz.

La fiesta de la Ascensión nos dice que Jesús, aunque ascendió al cielo para morar gloriosamente a la derecha del Padre, «está siempre entre nosotros». De ahí viene «nuestra fuerza y nuestra alegría». Así pues, la «Ascensión del Señor» nos colma de esperanza porque «Jesús nos abre el camino para el cielo». Y es que estamos llamados a participar de «la misma gloria del Señor», siendo discípulos confiados en el Padre, «sencillos, servidores y entregados como Él».

A veces nos puede la debilidad pero debemos recordar que contamos siempre con Él, con su gracia, con la garantía de su presencia. No estamos solos. El Padre y Él se quedan con nosotros y con su Espíritu, «hacen morada en nosotros», en nuestra vida, en nuestro mundo. Así podemos decir que «el cielo está aquí en la tierra», donde Él está y se ha quedado para siempre. Mirar al cielo es mirar a la tierra. Ascender es sinónimo de crecer, de ir hacia arriba, de huir de lo vulgar y mediocre. Ascender es soñar, «aspirar a la plenitud en todo lo humano», que es «lo más divino que somos cada uno de nosotros».

Hoy esta fiesta de la Ascensión del Señor es una invitación a tomar una mayor conciencia de «la fuerza de su Presencia» entre nosotros para llevar a la vida su Evangelio y ser sus testigos en el mundo. Y también para «creer cada día más en la vida Plena y Resucitada a la que todos somos llamados». ¡Que así sea!